

# El Libro de los Placeres Sencillos

## The book of simple pleasures

Carlos Eduardo Vásquez\*

Este escrito cuenta el origen de un libro que duerme su sueño en espera de ser terminado. Estoy seguro de que verá la luz cuando el gran listado de placeres sencillos de la humanidad esté completo. Es decir, para dar el libro por finalizado todavía faltan algunos siglos y varios relevos generacionales, porque mientras el mundo sea mundo, habrá tantos placeres particulares como hay personas sobre la faz del planeta.

La idea de escribir un libro que hable de los placeres sencillos surgió al final de un tedioso lunes, ¿y cuál lunes no lo es? Yo estaba organizando los papeles de mi escritorio antes de volver a casa. Era casi de noche, pero no faltará quien diga que era “casi de día”. Entonces, digamos que era un momento de inquietante transición en la bóveda celeste.

El artículo venía en un sobre marrón. Alguien lo depositó sobre mi escritorio sin decir una palabra, ni un saludo siquiera. Obviando la grosería del mensajero, levanté el objeto con curiosidad. El paquete venía desde Holanda. El remitente era Radio Nederland y contenía 4 CD en una caja acrílica. Los discos

---

\* Periodista, escritor y editor literario. Autor de «El colmillo de la paloma» y «De mi puño y letra». Fue editor de la revista hispana *Guest Florida Magazine*. Ha sido coordinador de talleres literarios en casas culturales, coordinador de talleres de escritura en la Asociación Internacional de Poetas y Escritores Hispánicos en Estados Unidos, y profesor de redacción y periodismo. Ha sido primer lugar en «Los premios huella», segundo lugar en el «Concurso internacional de poesía AIPEH» y mención de honor en el concurso «La casa tomada», en Cuba. Colaborador del periódico *Al Día* (EE. UU.) y del periódico *La Prensa* (EE. UU.) Actualmente, es el coordinador del programa de Comunicación Social de la Universidad Católica de Oriente.

venían con un folleto que narraba la historia de la producción de la radionovela en doce episodios que acababa de recibir. Estaba pensando cómo algo tan extraño y de procedencia tan remota había llegado a mis manos, cuando vi dentro del sobre una lámina color ocre que protegía el contenido del paquete de los posibles daños del viaje intercontinental. Ocho milímetros de espesor representados en una secuencia geométricamente perfecta de burbujas de plástico. Aparté los CD y estallé, una tras otra, una fila completa de esferas. ¡Qué delicioso placer! ¡Qué indulgente regocijo!

De pronto, me detuve. Estaba en el trabajo y algunos compañeros permanecían en las oficinas adyacentes. Mis movimientos compulsivos y el ruido de pistachos de las minúsculas explosiones, resultaban sospechosos. Me levanté de la silla y me acerqué a una compañera. “Te convido una burbuja”, le dije. “Gracias”, me contestó. Estaba sorprendida, pero estalló con gusto un par de bolitas con sus dedos.

Me acerqué a otros tres colegas y la escena se repitió. Entonces, regresé a mi oficina más tranquilo y dispuesto a dar cuenta de otras dos o tres hileras.

Sin embargo, algo había llamado mi atención: ¿era deleite lo que había percibido en la mirada de mis compañeros al estallar las burbujas de plástico? Si era así, ¿cómo era posible que algo tan simple pudiera causar tanto placer a un grupo de gente adulta? En ese momento, se me ocurrió la idea de escribir “El libro de los placeres sencillos”. Un libro que incluyera placeres tan simples como estallar las burbujas de plástico de un papel protector.

Empecé por preguntar a los amigos y conocidos acerca de los placeres sencillos que formaban parte de sus vidas. Las respuestas estaban cargadas de cotidianidad e invariablemente venían acompañadas de contento. Me gustó el gesto de quienes me aportaron sus ideas de

viva voz, porque entornaban sus ojos y sonreían desaprensivos al recordar sus placeres sencillos. Esa noche lancé un desafío a través de los lazos extensos de la Red. Dentro de la prisión de 420 caracteres que permite la caja de texto de Facebook, pedí la colaboración de mis amigos. Les conté mi idea de escribir algo sobre los placeres sencillos y esperé sus respuestas. Recibí más de veinte en solo 30 minutos. Me colmaron de ejemplos maravillosos de pequeños placeres de todos los días. La poética de la cotidianidad se manifestaba en todos ellos y descubrirlo me llenó de satisfacción.

A algunos les tuve que explicar que la idea de los placeres sencillos era encontrar actividades que no necesitaran planificación, no costaran dinero y no requirieran esfuerzo para ser realizadas. Por esa razón, tuve que recordarle a una profesora amiga que “hacer el amor con amor” no formaba parte de esa categoría, sino de los placeres que requerían un alto grado de compromiso y, en ocasiones, de altas dosis de anticipación.

Las sorpresas todavía no terminaban. Descubrí que había temas recurrentes en las 200 o 300 respuestas que recibí en los días posteriores. Esto me entusiasmó de verdad y decidí hacer una primera clasificación de los placeres sencillos. Edité las respuestas concienzudamente tratando de conservar la idea básica de cada colaborador. Finalmente, agrupé los resultados en seis grandes temas: la lluvia; los sonidos; el tacto; los gustos, olores y sabores; los placeres funcionales y los sentimientos. Este fue el resultado.

## La lluvia

El libro de los placeres sencillos comienza por su relación con la lluvia. Esta desagregación líquida que trae su canción de invierno oculta en el nubarrón es una mezcla de sonidos y olores. Nadie puede sustraerse a su estallido rítmico sobre los techos, pero... no sobre todos, pues el verdadero placer lo produce la lluvia sobre

las tejas de barro. La lluvia sobre los techos de fibrocemento, de latón o sobre las placas sintéticas nunca suena igual porque le falta esa tonada de barroquismo español que teje una ruta atávica hasta nuestros oídos. La lluvia que se extravía de la tormenta es todavía mejor. Nadie la espera, pero uno sale corriendo al patio o a la ventana al primer “tic-tac” para recibir de lleno el aroma transitorio de la tierra cuando cambia de seco y polvoriento a húmedo y lodoso.

Otro placer sencillo se asocia con la ruta de barro que horada la planta desnuda de un pie que escapa de la asfixia del zapato. La hierba mojada sirve de esponja al agua de rocío y congela los perímetros milimétricos de la huella recién impresa. El lodo arcilloso que los dedos plastilizan al pasar, se transforma en gemidos tímidos que se disuelven en la quebrada donde se lavan las delicias de la caminata “a pelo”.

La visión de la arena oscura y salvaje que desaloja la bajamar en la costa Pacífica, recién lavada por las gotas de agua, también eleva los niveles de alegría del alma porque trae los cantos de las negras en sus nostálgicas noches de insomnio. Para algunos la lluvia es la invitación a las transgresiones microscópicas. Aquellas que nuestras madres criticaban, más por envidia que por preocupación. Hablo de actos como caminar bajo la lluvia, reír en una tarde de invierno dejando que las mejillas se humedezcan, y permitir que el agua recorra los surcos del cuerpo e irrigue las naturales oquedades de la piel.

También está la lluvia que acompaña al cansado en su regreso a casa, y que trae la promesa de una noche tranquila sin el inoportuno visitante. Además, la lluvia estimula los recuerdos con una sabrosa nostalgia que endulza la sangre y aquieta la mirada. Durante mi niñez, por ejemplo, amaba la lluvia porque me cantaba al oído el nombre de mi vecina de pupitre. Su rostro lo olvidé hace mucho tiempo, ocupado como he estado en tratar de ser adulto, pero nuestros amores

tímidos y silentes entre lápices de colores y la mirada cómplice de la maestra, estremecen todavía al niño que duerme dentro de mí.

## Los sonidos

El sonido de la conversación es un placer sencillo que trae remembranza y construye recuerdos mientras desteje un pasado común. La copa de licor que hermana corazones o el buen vino que estimula las voces del cariño también ayudan a dar sazón a una buena velada que avanza hacia el amanecer, lenta como la ristra de memorias que van dejando por el camino las almas limpias. El escándalo de cascabeles que nace en el rostro de un niño cuando ríe, o la palabra “mamá” que se oye por primera vez en los labios de un bebé, son manifestaciones de un placer simple que resuena en los recodos del tiempo.

Al hablar de sonidos, cabe mencionar que el oído agradece un buen cumplido repentino y sabe apreciar la intensidad terapéutica del elogio sobre el ego apesadumbrado. Incluso, bajo ciertos tipos de melancolía, el mensaje de una canción se sumerge en la conciencia humana y sube a la superficie con fuerza de caricia. Nuestra propia voz, fea y desacompañada, que acompaña la guitarra espontánea del amigo, sin recato y sin vergüenza, es un placer de pocas horas que nos hermana en un ridículo feliz. Ridículo que siempre se perdona porque la verdadera melodía la lleva el corazón. La música en su gama tecnicolor desgrana un abanico de placeres sencillos que van desde el manso apaciguador hasta el éxtasis de lo salvaje. El tarareo de la canción que permite que uno se conecte sin interferencias con el significado de la letra y los sonidos de la voz materna, para quien vive lejos, son también sencilleces refinadas.

## Cuestión de piel

La ausencia prolongada de contacto puede tener efectos devastadores para un ser humano. Por

el contrario, los placeres de la piel pertenecen a la dimensión de lo sensual. Un placer sencillo es inesperado, tranquilo y casi siempre secreto. Algunos ejemplos incluyen una mano que se desliza sin intención bajo las sábanas y encuentra la piel desnuda. Otros ejemplos se refieren a cosas como sentir el sol sin el estorbo de la ropa, prodigar la caricia a la hija pequeña mientras duerme y observar cuánto ha crecido su cuerpecito que ayer era el de una bebé, oponerse al viento que se estrella impetuoso contra el rostro por causa de la velocidad, rascarse sin recato, besar mucho, recibir un masaje sin compromisos posteriores y con el aliciente de la gratuidad, disfrutar del roce de la llovizna artificial de la ducha, que se desliza sugerente hasta los tobillos, y la mano que sigue la forma de la cabeza hasta que llega el sueño.

### **Gustos, sabores y olores**

Los placeres sencillos se asocian con gustos y sabores simples, como el sabor y el aroma estimulantes de un café recién colado, a las siete de la mañana de un día de vacaciones. Otros placeres más salvajes son recurrentes, tales como enterrar los dientes en la carne blanda y jugosa de una presa de pollo, y luego de una golosa masticación, dejar el hueso limpio y... por qué no, rematar la glotonería chupando con escándalo la médula tibia y palpitante. Cocinar un buen plato aunque no haya invitados. Gozar el ácido de un limón en la copa de tequila, y degustar las cinco pimentas reunidas sobre la cara jugosa de un bistec.

En cuanto a los olores, fuentes de sensaciones intensas y recuerdos, uno inolvidable es recostar la mejilla sobre la almohada que sostuvo hace un par de horas la cabeza amada y sentir el aroma de quien se ha ido. Siguiendo con placeres de cama, el acto hedonista de despertar y no levantarse, y luego dormir con conciencia una hora más, es un disfrute máximo. O el rítmico

adormecimiento que producen las mecedoras y las hamacas en los corredores de las fincas. El olor a pintura o a gasolina es un placer sencillo para narices extravagantes.

### **Placeres funcionales**

Hay actos rutinarios que se vuelven placeres sencillos, como el estornudo sonoro y explosivo que trae un alivio sin protocolo a su protagonista. Asimismo, llorar con ganas o gritar con rabia producen un deleite simple. Tal vez, igual al de estirarse como un gato sin prisa en la mañana de un domingo, abrir la ventana después del sueño y dejar que la realidad inunde el resto del día con las tibiezas de un clima perfecto. O un par de bocanadas de aire puro del campo. Sentarse a llenar un sudoku y no pensar en nada más. Sacarse la lana blanca del ombligo cada noche, y soñar con la utopía de coleccionarlas todas en un frasco de vidrio pintado a mano. Atender las necesidades estéticas del cuerpo, y sentir la satisfacción de que el resultado le quite al rostro de uno una década de pensamientos y preocupaciones. Cabecear por unos segundos en un estado de duermevela durante una clase universitaria.

Los hábitos también tienen su parte entre los placeres sencillos. Es así como fumar un cigarro bajo un tapiz de estrellas en medio de la soledad puede representar un instante de felicidad. Igual que el cigarrillo después del amor.

Pasar libremente en medio del caos vehicular montado en una bicicleta, ajeno a los sonidos frenéticos de los pitos, a los largos minutos de inmovilidad, a los impuestos de rodamiento y a la compra de gasolina. Leer el periódico en el parque. Transportarse en alas de un cuento sencillo de un autor favorito hasta una dimensión cercana a la utopía. Hay placeres tan simples como pausar el trabajo en el campo y disfrutar del fiambre mientras los ojos recorren la panorámica de esa tierra que se ama con el corazón.

El viento que silba entre las guadas, e invita a orar con fe y a dialogar con Dios a través de su creación, es un acto simple que lleva al éxtasis espiritual, y deja el alma serena como el mar de Galilea ante las pisadas de Jesús. Pero hay otros placeres más profanos, como descubrir en un plan de negocios un error que evita un pago de impuestos innecesario y le da una cara más amable al presupuesto.

Finalmente, es necesario mencionar la plácida sensación de ver una buena película sin interrupciones, y reír o llorar como si el escenario fuera la vida de uno y la realidad hubiera sido absorbida por la pantalla, durante alguno de esos filmes en los cuales el final es la frontera que uno no quisiera cruzar porque lo trae de regreso a la cotidianidad.

### **Sentimiento humano**

La búsqueda de lo simple obliga a hacer una estación en los asuntos del amor. Placeres inesperados como bucear con fijeza dentro de los ojos de la persona que uno ama, y descubrir en su mirada las respuestas que jamás se han enunciado porque corresponden a preguntas que nunca se han hecho. El ataque de risa que surge entre dos por una tontería repentina y que parece que nunca fuera a terminar, pero que cuando finaliza lo deja a uno agotado, sin aliento y profundamente feliz. O, como dice Serrat: “descubrir la delicia de encajar”, pero también el ligero temblor que nos acosa frente al instinto a punto de colmar.

Dentro de los placeres sencillos hay varios que involucran llenar lo vacío y vaciar lo lleno, no importa de qué se trate. De la misma manera, el abrazo de un buen amigo que abre un canal instantáneo hacia el corazón, especialmente si el recuerdo compartido, como el vino que toca la madera, incrementa su valor con el tiempo.

### **Epílogo**

Muchos otros placeres sencillos escapan a las palabras, son impermeables a ellas porque nombrar lo que tanto nos gusta es encarcelar la realidad en una definición. Sin embargo, cada uno de los sentidos trae succulentas distracciones. Por ejemplo, la vista captura en milésimas de segundo un destello de sol sobre el agua, el oído atrapa en su red sonora las notas de un arpegio magistral, la piel se eriza al contacto con la espuma del mar, la boca descubre un trazo exótico en la rojez de un fruto y el olfato detecta un tufillo oriental en las cortinas de una alcoba nunca antes visitada.

Estos y otros millones de placeres sencillos trascienden la dimensión de este texto. Podría pasar una vida completa tratando de recuperarlos en los entresijos del universo humano y todavía me quedaría faltando tiempo. Porque es claro que los placeres sencillos, como los buenos carceleros, solo nos abandonan al final del pasillo o al pie del patíbulo.

